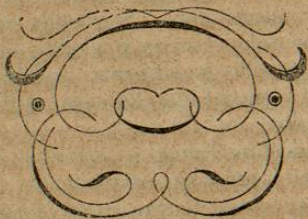


das en el fuego, le atizan con instrumentos de oro, y dicen una oracion en lengua desconocida.

En breve se levanta el anciano y su hija, y se lleva el brasero con el mismo respeto. La hermosa pastora va á juntar su rebaño disperso en el prado, le encierra en un corral de tablas y vuelve al lado de su padre, en tanto que Numa, lleno de admiracion y alegría, se da prisa á juntarse con Leonte.



## LIBRO NONO.

## ARGUMENTO.

*Numa y Leonte hallan grata acogida en la cabaña del anciano. Admiran á su hija Anais y se separan de ellos con sentimiento. Vuelve Leonte con su amigo á su antiguo domicilio. Halla á Camila. Escesivo gozo de los dos amantes. Refiere Camila sus aventuras y se desposa con Leonte. Marchan en compañía de Numa á buscar al anciano. Numa defiende á Anais y á su padre contra unos foragidos: queda herido. Historia de Zoroástres. Leonte halla á su padre.*

Numa se junta con Leonte y le cuenta lo que ha visto. Juntos se encaminan hácia la morada del anciano; llegan y llaman á la puerta. La pastora sale á abrir, y al verlos armados los mira con inquietud. No te asustes hermosa pastora, le dice Leonte; aunque somos guerreros, amamos la paz, y venimos á pedirte la hospitalidad por esta noche no mas. Mañana, apenas la au-



rora abra las doradas puertas del Oriente, seguiremos nuestro viaje, dando antes gracias á los dioses por tus beneficios.

Sus razones tranquilizan á la doncella que los hace entrar y corre á avisar á su padre. Estaba el anciano sentado en el fondo de la cabaña sobre una tarima, y tenia todavfa en las manos la rueca y el huso que su hija habia dejado. Algunos toscos banquillos, una mesa de igual aliño y varias vasijas colgadas al lado de una lira de ébano, eran todas las riquezas, muebles y adornos de aquella humilde habitacion.

Apénas los ve el anciano, se levanta y sale á recibirlos convidándolos á descansar. Anais, dice á su hija, pon luego agua á calentar, y prepara para agasajar nuestros huéspedes lo mejor que hay en casa. Al punto le obedece la modesta Anais: aviva el fuego del hogar, descuelga una vasija de bronce, la llena de agua, y en tanto que ésta se calienta, corre al huerto inmediato a la casa.

A pocos instantes, vuelve con uvas, aceitunas y otras frutas, varias flores y un panal de blanca miel. Coloca las frutas y flores sobre la mesa, toma algunas copas de haya y llena otra mayor de vino nuevo: echa despues en una game-lla el agua ya caliente y la presenta á su padre, el cual, sin atender á las súplicas y resistencia de los huéspedes, les lava él mismo los piés, y despues se sienta con ellos á la mesa.

La conmocion que sentian en su interior los héroes, les permitia apenas manifestar su gratitud al anciano. Numa siempre fijos los ojos en Anais, admira su belleza, sus gracias ingenuas y

su agasajadora franqueza: pero sobre todo le encantaba la piedad filial y el candor adorable, que sin ostentacion y como á su pesar se manifestaba en todas sus acciones. ¡Oh cuan feliz, decia en su interior, seria yo si fuese su hermano! El respeto que le causaba Anais, no le permitia formar otro deseo.

Leonte estaba mas ocupado en considerar al anciano que á su hija. Se sentia como arrastrado hácia él por un encanto oculto, cuya causa no podia comprender: sus canas, su aspecto venerable en el cual se veian pintadas á un tiempo mismo las desgracias y la virtud, su noble entereza sin visos de severidad, causaban en Leonte un afecto mezclado de respeto y cariño. Por su parte el anciano fijaba en él su cansada vista: miraba atentamente su rostro, miraba despues el de Anais y como que queria comparar sus facciones. En medio de su exámen, suspiraba: el manjar se le caia de la mano y sus ojos se le arrasaban de lágrimas, que el aflijido anciano enjugaba presuroso para mirar de nuevo al héroe marso.

Anais, que no quitaba los ojos de su padre un solo instante, advirtió la turbacion que le aquejaba: la atribuyó al recuerdo de sus pasadas desgracias y tomó su lira para distraerle. Sus delicadas manos la templan, suelta su dulce y arre- glada voz, y Numa, Leonte, y aun su mismo padre, la oyen arrebatados.

La bella Anais canta el mundo, criado por la palabra de Orómazo; el sol, encendido por su soplo para fecundar la tierra, producir las mieses, los árboles y todos los vegetales saludables. Can-



ta despues el hombre, criado puro é inmortal, decaido despues de aquel feliz estado, y corrompido por Arimano, autor de todo el mal que existe en el Universo: enemigo mortal del género humano, tan antiguo como Orómazo, emponzoña la fuente de la verdadera felicidad, y mezcla males inmensos á los beneficios del Sér Supremo. Canta finalmente el legislador, enviado del cielo para combatir y vencer á Arimano y sostener al hombre abatido, enseñandole el verdadero culto, y hacer renacer en su corazon la semilla de las virtudes, casi enteramente ahogada por los vicios que le tiranizan.

A este tiempo, el anciano arroja una mirada á Anais, y ésta calla el nombre del legislador.

Numa y Leonte se miran admirados de las maravillas que han oido, y reconocen algunos principios comunes á su religion. Pero sobre todo admiran la encantadora sencillez y la moral sublime que Anais ha cantado. Su voz divina, el respeto y compostura con que ha cantado doblan la eficacia de las palabras. Numa se juzga transportado al Olimpo: le parece que está oyendo á Minerva dando nuevas leyes á los mortales.

Entre tanto, llega la hora de entregarse al descanso del sueño. Al dia siguiente, luego que sale el sol, los viajeros determinan proseguir su camino. Un afecto, una oculta simpatía los hace apartarse con sentimiento de aquel sitio: ambos quisieran acabar en él sus dias. Lo mismo sienten Anais y su padre. La doncella va á despojar su huerto para regalar fruta á Numa, y el anciano obliga á Leonte á llevarse un zaque lleno de vino: les dicen el camino que han de seguir,

y sobre todo, les encargan que vuelvan al valle. Numa y Leonte se lo prometen y se despiden con el corazon lleno de tristeza y de dolor.

Caminan los dos sin hablar, y á cada paso vuelven la cabeza para mirar la amable cabaña que abandonan. Cada uno recapacita en silencio lo que ha visto ú oido. Aquella religion desconocida, cuyos misterios cantó Anais: aquella oracion delante del fuego, dicha en idioma estraño, confunden sus ideas y destruyen sus conjeturas. Estraña Leonte el irresistible afecto que le ha inspirado aquel incógnito, nacido al parecer lejos de Italia: Numa siente su pecho lleno de una amistad á Anais, mas tierna que el mismo amor.

Numa rompió el silencio y propuso á su amigo volver atras, y establecerse con Anais y su padre. Tanto como él lo deseaba Leonte; pero quiere volver á ver su antigua cabaña, y llorar por la última vez sobre la sepultura de Mirtala. Numa condesciende gustoso á tan piadoso intento. Esto les renueva á los dos tristes memorias: Leonte habla de Camila; Numa compara á Hersilia con la modesta Anais. Una tierna melancolfa se apodera de sus almas: lloran juntos y se consuelan mutuamente. ¡Oh poderoso encanto de la amistad! Tu suavizas los males que se comunican, y haces nacer de las aficciones mismas un placer puro y verdadero.

Finalmente, despues de tres dias de camino, descubre Leonte su habitacion primera. Al verla se para y las fuerzas le abandonan. Pero en breve apoyado sobre Numa se adelanta: cada árbol, cada sitio, cada objeto de los que mira le recuerda sus pasadas felicidades. Allí jugaba en



sus tiernos años con Mirtala; aquí oía sus preceptos. Detras de aquella mata, plantó oculta-mente unas flores, para sorprender á su madre con el don inesperado. Todo en fin le representa épocas de cariño y de amor. Sus ojos humedecidos de tierno llanto no pueden hartarse de mirar lo que tantas veces vieron: el aire que respira le oprime: las sensaciones que experimenta le abaten; su corazón está angustiado, y no obstante se halla bien con su dolor y tristeza.

Luego que llega á la puerta, se arrodilla, besa la tierra, y levantando sus manos, dirige estas palabras á las deidades campestres: Yo os saludo, ninfas Oréadas, que protejisteis mi infancia y que ahora vuelvo á ver con tanto gozo. Dignaos de contentaros, por ahora, con mi afectuosa salutación; en breve participaréis de las libaciones que haré sobre la tumba de mi madre.

Dicho esto, se levanta y entra en su choza. ¡Cuál fué su admiración al ver que todo estaba del mismo modo que lo había dejado! Ve sus dardos antiguos, sus instrumentos de labor, y la zampoña con que tantas veces cantó sus amores y Camila: besa con ardor su rústico instrumento; pero todo lo deja por ir al sepulcro de Mirtala. Llega y le ve adornado de frescas flores; otras que advierte marchitas y dispersas por el suelo, manifiestan que una mano piadosa las renueva cada día. Leonte besa y riega con sus lágrimas la verde yerba que ha crecido sobre el sencillo mausoleo: bendice la mano desconocida que tiene cuidado de adornarle. Numa participa callando de las sensaciones de su amigo.

Después de un rato, Leonte le toma de la ma-

no y repitiendo el nombre de Camila, le conduce hácia la cascada tan grata á su memoria. Camila presuroso, llega.... El primer objeto que se le presenta, es Camila sentada sobre la peña....

Al verla, dá un grito, y se precipita hácia ella: vuelve Camila la cabeza; ambos antes de juntarse pierden los sentidos.

Numa les dá los auxilios posibles y vuelven en su acuerdo: apenas recobrados se buscan con los ojos y se miran con ahinco. ¿Eres tú, bien mio, decía Leonte; tú, por quien tanto he suspirado? ¡Dioses piadosos! Si este es sueño, matadme antes que despierte.

La tierna Camila le estrecha entre sus brazos, y le asegura de su comun felicidad. Si, le dice, yo soy: yo soy tu fiel amante que nada ha podido separar de su adorado Leonte. Estoy contigo para siempre, estoy con el dueño de mi corazón, con el que me dió la vida, y con aquel para quien solamente la he conservado.

Diciendo estas palabras, le abraza de nuevo y le repite: Yo soy. Le dice que no llora, se sonríe con ternura, y sonriéndose, llora ella tambien: su hermoso rostro bañado de llanto, resplandece no obstante de gozo y satisfacción semejante á las doradas nubes, que en la primavera dejan caer la menuda lluvia sobre las flores, en tanto que el sol cubierto apenas por ellas las atraviesa con sus rayos luminosos, y resplandece á traves de las líquidas perlas que derraman.

Pasados los primeros instantes dados al amor y á la alegría, Leonte conduce á su dulce Camila al mismo sitio en que solian hablar de sus amores, y le dice: aquí quiero oír la relación de tus



sucesos; habla sin empacho delante de este amigo; es sabedor de todos nuestros secretos, lee en mi corazón como yo mismo, y tú le abrirás el tuyo, luego que conozcas todas sus virtudes.

Entonces Camila vuelve dulcemente la vista á Numa; se sienta entre los dos, y satisface su curiosidad en estos términos.

Los dioses me han sido propicios; me han librado de un himeneo mas aborrecible que la misma muerte. Obedecí no obstante á mi buen padre, y le evité una guerra que le hubiera arruinado. El rey de los Marucios se habia retirado á sus Estados, yo partí con los embajadores de Telemanto, sobre un navío salentino que aquel soberano me habia enviado. No te diré, Leonte amado, las ideas que me ocupaban; nuestros corazones se conocen harto bien para necesitar de referirse lo que han padecido.

Viento en popa, navegábamos hácia las playas de Salento, cuando á la altura de Mesina, nos acometió una borrasca deshecha. Todos los hijos de Eolo desencadenados amontonan las olas formando montañas de azotadas espumas: una densa noche cubre todo el mar; los relámpagos surcan las negras nubes: los rayos, los vientos y las olas embravecidas nos amenazan con una muerte inevitable.

En aquel conflicto, tú solo ocupabas mi imaginación: bendecía á los inmortales daba gracias á la tormenta, me congratulaba de librarme así del aborrecido lecho de Telemanto, y solo aguardaba el feliz instante en que el mar sepultase la nave en su profundo seno. Llegó en breve este deseado momento: gefes, soldados y marineros, todos ha-

llaron sepulcro entre las olas. Yo tambien hubiera perecido, pero conservé fuerzas y animo; pude asirme de un tablon, y me atreví desde luego á formar la lisonjera esperanza de conservar esta vida que era tuya. Asida á la combatida tabla, triste juguete del furor de los elementos y espuesta á perecer en cada instante, me decia á mi propia: nada temas, Camila, ya estas cierta de morir ó vivir solo para tu fiel Leonte.

Sin duda el amor velaba en mi favor: el mar comenzó á ceder de su furia; las olas atropellándose unas á otras arrojaban la tabla hácia la costa: toqué finalmente la tierra, y al punto postrada de rodillas di gracias á los dioses, no tanto por haberme librado del naufragio, como del poder de Telemanto. Miré á todas partes y solo ví unas altas montañas. Un labrador me dijo que estaba en la Apulia al pié del famoso monte Gargano. El mismo labrador me llevó á su casa; tres dias de descanso me hicieron recobrar mis perdidas fuerzas. Algunas monedas que tenia facilitaron este traje y este arco y flechas, y sirvieron de recompensa al labrador.

Sola y sin mas recurso ni socorro que mi arco, resolví llegar al Apenino y encontrar tu cabaña. El camino debia ser largo y yo no le sabia; pero tú eras el objeto de mi viaje, y así nada fué bastante á detenerme. Empecé mi marcha sin guia ni compañero, caminé dia y noche para llegar mas pronto: atravesé rios, subí ásperos montes, y no temí, despertar las fieras mas temibles; al contrario buscaba los montes mas espesos y los desiertos mas espantosos, por el temor de ser conocida ó hallada de algunos salentinos,



que como yo, podian haberse librado del naufragio.

No salieron vanos mis recelos. Me hallaba en las fronteras de los samnitas en el país de los frentanos, cuando una mañana, al rayar el alba iba á salir de una gruta en donde habia pasado parte de la noche, oí voces de hombres y percibí el nombre de Camila. Temblando y medio muerta de susto, volví á ocultarme, y presté la mayor atencion á lo que decian: brevemente conocí que eran soldados y marineros de mi nave, que hablaban de mi muerte, y que, viéndose sin gefe ni modo de vivir en un país extraño, pensaban en ejercer el oficio de salteadores.

Apenas me atrevia á respirar en tanto que ellos hablaban: estaba como el tímido cervatillo, que, oculto entre unas espesas matas en la orilla de un rio, ve pasar no lejos la enemiga tralla de hambrientos perros. Luego que se alejaron, salí de la cueva y postrándome en tierra, exclamé, ¡oh Vénus, diosa de los corazones amantes! tú me salvaste del furor del mar proceloso; pero tu beneficio viene á serme inútil, en tanto que estoy lejos del que es dueño de mi amor. ¡Oh tú la mas bella entre las inmortales, acuérdate de las lágrimas que el amor te hizo derramar; tu pecho debe ser sensible á una pena que ha padecido; guía pues mis pasos á mi amante; dígname indicarme el camino que he de seguir! Reina de los dioses y de los hombres: si oyes mis votos, te ofrezco y juro levantarte un altar en el sitio mismo en que halle á Leonte y sacrificarle el mas hermoso de sus corderos.

No bien habia acabado esta súplica, cuando

ví que dos blancas palomas venian por el aire y se pararon delante de mí. Admití este feliz presagio; observo el vuelo de las áves de Vénus y las sigo con entera confianza. Las palomas van delante de mí, unas veces volando con rapidez, otras bajándose al suelo para buscar la comida, pero siempre de modo que no las perdía de vista. Despues de nueve dias de camino, descubrí á lo lejos tu cabaña y veo las palomas irse á sentar en el tejado de ella. Allí parece que se quejan y arrullan tristemente, pero en breve toman vuelo y desaparecen á mi vista.

Considera, amado Leonte, cuál seria mi alegría: dí gracias á Vénus, dí gracias á los dioses y aun á las mismas palomas. Pero ¡triste de mí! Llego á tu cabaña y la encuentro desierta: mis ojos te buscan, mi voz te llama en vano. Registro las cercanías y por todas partes veo una soledad espantosa. A poco rato descubro el sencillo monumento de tu madre y la inscripcion me dice que Mirtala ha muerto. Fué este golpe tan cruel para mí, que estuve en términos de perder la vida. ¡Esto es hecho! exclamé deshecha en llanto; sin duda ha ido á buscarme á Salento; oirá la noticia de mi naufragio, creerá mi muerte cierta y su dolor le quitará la vida.

Así lo creí, así lo repetía á cada instante, y con todo no cesaba de registrar todos los dias estos contornos con la esperanza de hallarte. Si no ha muerto, decia yo, volverá sin duda alguna al sepulcro de su madre, al primer asilo de nuestro amor. Ora la fortuna le haya deparado un trono, ora sea esclavo, luego que pueda, no hay duda que dirigirá sus primeros pasos á estas mon-



tañas. Conozco bien á Leonte y así le debo aguardar en estos sitios gratos á su corazón piadoso.

Con estas esperanzas, tome posesion de tu cabaña, recojí tu rebaño abandonado y cuidé de todo lo que habia sido tuyo. ¡Oh qué consuelo hallaba mi afliccion en estos dulces cuidados! ¡Qué complacencia sentia al verme sin mas bienes que los tuyos! ¡Cómo me deleitaba la idea de ofrecerte a tu regreso, tu hacienda administrada por mí! Cada dia llevaba a pacer tu rebaño, cada dia adornaba con flores el túmulo de tu madre, invocaba su alma y le pedia que te volviese á mi amor. Ahora veo cumplidos todos mis deseos, vuelvo á verte, amado Leonte, y reputo gloria, todos los trabajos y penas que he sufrido.

Calló Camila, y Leonte la estrecha de nuevo entre sus brazos: Numa entre tanto forma un altar con piedras y céspedes, y despues va á escoger el cordero que Camila habia ofrecido á Vénus: le conduce al altar y los tres de rodillas acaban el sacrificio. Vuelven despues á la cabaña, y al dia siguiente los dos amantes, coronados de flores, se encaminan al sepulcro de Mirtala y Numa los guia. Numa instruido desde su infancia en todas las funciones sacerdotales, sacrificaba dos negras ovejas á los manes y cuatro corderos á su protectora Cérés: la invoca y pide que bendiga desde el Olimpo el himeneo de Leonte y Camila; une sus manos y los desposa en nombre de Cérés y Mirtala. Luego que el fuego ha consumido las víctimas, se vuelven con los nuevos esposos cantando el himno de himeneo. ¡Oh dul-

ce y grata ceremonia poco parecida á las estrepitosas bodas de los príncipes! ¡Dulce union, sin mas testigos que los dioses, mas aras que la virtud, ni mas pontífice que la amistad.

La felicidad que Numa veia disfrutar á los dos esposos le traia á la memoria el hermoso valle: continuamente hablaba de Anais: solo en ella pensaba, y se entregaba sin inquietud ni recelo á un afecto que no creia fuese amor: tan diversa era la impresion que la pastora le causaba, de aquel ciego ardor que Hersilia le habia inspirado. Numa, infeliz en tanto que reinó en su pecho aquella funesta pasión, temblaba con solo oír el nombre de amor, y afectaba dar siempre el nombre de amistad al irresistible encanto que le arrojaba hacia Anais.

Pasados algunos dias, dados al ardor de los desposados, Numa propuso el viaje prometido al valle. Leonte al oírle se sonríe, y Numa avergonzado le recuerda que él mismo dió palabra al anciano de volver. Leonte se conviene gustoso y Camila quiere acompañarlos. Los tres, en compañía, armados y antecojiendo su rebaño que no quieren dejar de nuevo abandonado, emprenden su viaje divirtiendole las fatigas del camino con sazonadas conversaciones.

El impaciente Numa camina siempre delante de los esposos, cuanto mas se acerca, mas priesa se da á llegar, y luego que descubre el bosquecillo apresura el paso.

Algun Dios le inspira, porque apenas llega, cuando oye gritos; acude á ellos y ve al anciano, cercado de unos malvados que le arrastran y amenazan su vida con los bárbaros aceros. Mas



lejos, ve á Anais que otra tropa de foragidos se lleva con violencia á pesar de sus lamentos y resistencia. ¿Qué hará Numa? Anais y su padre están en igual riesgo: ¿á quién acudirá primero? Al mas débil. Se abalanza como un león á los que rodean al anciano; mata á tres de ellos, acomete á los demas, los rechaza y da voces para que acudan los que se llevan á Anais.

En efecto, los salteadores sueltan á la doncella y se unen para acabar con Numa: este respira al ver que el riesgo es ya solo para él, y cobra nuevos alientos. Anais está con su padre, Numa los cubre con su cuerpo, y solo resiste á los contrarios; riega el suelo con sangre enemiga, pero la suya tiñe tambien su coraza. Cinco de los malvados han muerto, pero los que quedan van á acabar con el héroe. El valiente Numa conoce que le faltan las fuerzas y ya va á perecer, cuando la formidable clava de Leonte cae, como un rayo destructor, sobre los salteadores. Camila que conoce ser los salentinos náufragos, traspasa con sus flechas á los que buscan su salud en la fuga. El padre de Anais se levanta tambien, y tomando una espada de los contrarios, defiende, segun los años le permiten, la vida de sus libertadores. Todos los salentinos murieron finalmente. Anais abraza á su padre: Numa y Leonte lloran, el uno de alegría y el otro de agradecimiento.

Pero Numa está herido en tres partes: la fatiga de un largo combate, la falta de sangre y los contrarios afectos, causados por el temor de perder á Anais y despues por el gozo de verla en salvo, le privan del sentido. La sensible

Anais se acerca á Numa, le aprieta la mano y le dice: me has dado la vida y antes habias librado á mi padre, por lo cual me confieso doblemente obligada. Fueron estas palabras un bálsamo celestial para el herido: su debilidad no le permite responder, pero vuelve á la bella Anais, sus ojos llenos de contento, y estos esplican lo que su lengua no dice.

Grandes eran las heridas de Numa, pero no peligrosas, y solo necesitaban del tiempo y quietud para curarse. Anais y su padre, Camila y su esposo no se quitaban en todo el dia del lado del enfermo. Cada dia tomaba mas fuerza la tierna amistad entre el anciano y el héroe marso, y este deséaba con impaciencia saber quien podia ser el que tal cariño habia hecho nacer en su pecho: tambien Numa suspiraba por saber la historia del padre de Anais. Un dia que todos estaban al rededor de la cama de Numa, los dos amigos unieron sus instancias y ruegos al anciano, pidiéndole les contase los sucesos de su vida, muy interesantes y variados á lo que podian comprender. Despues de levantar los ojos al cielo, el viejo accedió á sus ruegos de esta manera.

Nací en Bactria: la sangre que circula en mis venas es rama ilustre del antiguo linaje de los reyes de Persia, y mi nombre famoso en todo el Asia quizás no habrá llegado á vuestros oídos: me llamo Zoroastres.

Al oír tan gran nombre, Numa, Leonte y Camila se miran llenos de admiracion y vuelven los ojos con veneracion al anciano. La virtuosa Anais, que lee en sus almas el respeto que les



causa el esclarecido nacimiento y las virtudes de su padre, les manifiesta su satisfacción y agradecimiento con una dulce sonrisa.

Prosigue Zoroastres: Mi padre, destronado por el rey de Asiria, anduvo fugitivo y suplicante por todas las cortes del Asia, y á su muerte me dejó por toda herencia la instruccion que producen las desgracias, y sus derechos al trono de Persia. Quise intentar hacerlos valer; junté algunas tropas y con ellas volví al reino que habian poseído mis abuelos. Hallé á la Persia feliz bajo el imperio del sabio Phul, rey de Nínive: aquel grande hombre reinaba por la justicia. Conocí que nada ganarian sus vasallos mudando de soberano; desde aquel mismo instante renuncié á mis proyectos, y reputé delito enorme turbar la felicidad de un pueblo entero, sin mas razon que un derecho vano en que yo solo estaba interesado. No pude resolverme á derramar la sangre de muchos millares de hombres, para suceder á un monarca, cuyas grandes virtudes no podria igualar. Licenció mis tropas, oculté con el mayor cuidado mi nacimiento: reprimí los impulsos de mi orgullo y ambicion, vicios que aun en las almas mas puras saben hallar entrada; y dedicándome al estudio de la naturaleza quise mas bien ser sabio que rey.

Corrí por muchos años todas las naciones asiáticas: busqué en los Braminos, en los Seres y entre los filósofos griegos, la sabiduría que mi razon buscaba con ansia: en todas partes, despues de mil fatigas y trabajos, hallé el error amado de los hombres y la verdad desconocida. La verdad, cuyo principal encanto consiste en su

misma sencillez, no brilla ni agrada tanto á los ojos del humano entendimiento como la mentira revestida de las aparentes y pomposas galas que le prestan las pasiones. Perdida finalmente la esperanza de hallar la verdad en la tierra, deseaba la muerte.

El grande Orómazo se dignó, desde su escelse trono, mirarme con piedad y compasion. Envió á mi pecho un rayo puro de su luz. Retirado en un desierto por espacio de veinte años me ocupé en meditar; mi razon me hizo ver que no podia haber mas que un solo Dios; que este Dios me habia dado una alma, que sobreviviria seguramente á mi cuerpo, para recibir castigo ó recompensa. Mi corazon me dijo que este Dios era soberanamente bueno, y que el mal que veia en todo el mundo no podia, de ningun modo, ser obra suya, y que era producido por un ente maléfico, enemigo de Dios y de los hombres. Abominé de este enemigo comun. Adoré á mi Criador y le adoré con la mas bella de sus obras, el sol, emblema brillante de su poder, de su resplandor y aun mas de su beneficencia. Ví que este sol hacia nacer y maduraba las mieses para el escita, para el persa, para el sirio y para todos los pueblos de la tierra, aunque divididos en el modo de conocerle: de aquí inferí que este Dios, infinitamente bueno, ama á todos los hombres, tolera sus defectos, hijos de su gran debilidad y de las sugerencias del comun contrario, y solo castiga con rigor las culpas que tienen su origen en la depravacion del corazon.

Cierto de estas verdades, juzgué que eran un bien demasiado grande para que yo solo disfruta-



se de él: me creí obligado á divulgarle; salí de mi desierto y dije á los pueblos: Amad á Dios y amaos unos á otros: adorad al Criador en el sol, antorcha del universo, y en el fuego alma de todo lo que existe. Sed puros en vuestros pensamientos, obras y palabras; haced bien á todos los hombres, aunque profesen otro culto; vivid y morid fieles á vuestro Soberano; pagad los tributos con prontitud y sumision; cultivad la tierra, pues cultivándola servis á Dios. Y cuando esteis en duda de si una accion es buena ó mala, absteneos de ella.

Esta era mi doctrina: la estendí desde el Eufrates hasta el Indo. Los pueblos me oian y me creian; cada dia se aumentaba el número de mis discípulos, y si hubiese querido armarlos, me habria sido fácil conquistar toda el Asia. Pero el amor de la humanidad tenia mas fuerza en mi corazon que el deseo de estender mi religion: hubiera renunciado á la esperanza de verla reinar en todo el mundo, si para conseguirlo me dieran que se debia deramar la sangre de un solo hombre. Yo mismo dispersé á mis discípulos, obligándolos á que se separasen de mí, diciéndoles: Amad la paz y quedaos en vuestras casas y familias: el Dios que os anuncio aborrece toda violencia, y se indignaria si os espusieseis por mí.

Entre estos discípulos se hallaba una jóven doncella, la cual nunca quiso separarse de mí, por mas instancias que la hice para conseguirlo: se llamaba Ojana. ¡Siento correr mis lágrimas al pronunciar este nombre querido! Ojana amaba á Zoroastres aun mas que al profeta; me seguia por todas partes; si yo hablaba, me escucha-

ba enajenada de gozo, sus ojos manifestaban la pura alegría de su alma, y su rostro denotaba la complacencia con que me oia. Pero si yo callaba ó que, por algun motivo, mi semblante no le demostraba la serenidad acostumbrada, en aquel instante Ojana se entristecia aun mas que yo: no se atrevia á preguntarme la causa de mi afliccion, pero sus miradas tiernas y dolorosas me decian su pena. Cada dia le pedia yo que no me siguiese. ¡Oh padre y maestro mio! me decia: quisiera sacrificar mi vida por tu ley; permíteme a la menos que viva para Zoroastres. Cuanto mas te oigo, cuanto mas te veo, tanto mas inflamada me siento del amor de tu Dios. Temo que algun dia te verás perseguido; este recelo me arrastra hácia tí y nunca podré apartarme de tu lado. No esperes que Ojana te deje hasta que hayas encontrado la esposa que te destina Orómazo: quiero conocer y servir como una humilde esclava, la venturosa mujer, que con su amor y virtudes y con la felicidad que te hará disfrutar, debe pagarte de todos los beneficios que el mundo ha recibido de tí.

Este amor tan grande, esta constancia tan admirable hicieron nacer en mi pecho un afecto que siempre hubiera debido ignorar. Me casé con Ojana; Orómazo bendijo desde su trono nuestra union, y dándome una esposa hermosa, virtuosa y amante me recompensó largamente de cuanto habia hecho por él.

¡Oh dias de mi felicidad, cuán poco durásteis! Ojana y yo viviamos en la Persia; mis discípulos, que habian tomado el nombre de *majos*, dis-



persos en sus asilos, adoraban el fuego, cultivaban la tierra y practicaban la virtud.

El sabio Phul, rey de Nínive, toleró desde el principio mi nueva secta, y no creyó peligrosa una doctrina, cuyas maximas, lejos de escitar á sus vasallos á la rebelion, les hacia un precepto de la obediencia mas ciega á sus soberanos, y les mandaba la pureza de costumbres. Pero ajuel gran rey, cargado de años y virtudes, pagó el indispensable tributo de los mortales: murió dejando el trono á Sardanápalo su hijo.

Este principe desgraciado se vió rey cuando apenas tenia quince años: rodeado y pervertido por viles aduladores, les abandonó las riendas del gobierno, y olvidando las lecciones de su padre, su pueblo y sus obligaciones, se entregó desenfrenadamente á los vicios mas vergonzosos. Los escesos de su corte se derramaron en Nínive, y de la capital pasaron, como un contagio, á todo el imperio. A los dos años de su reinado era igual la corrupcion en la corte, en Nínive y en las provincias. El rey ciego y gobernado por sus indignos ministros ó esclavo de sus eunucos, el rey no se acordaba de que lo era, sino para firmar edictos crueles y mandar la imposicion de nuevos derechos, á fin de pagar con la sangre mas pura de sus vasallos, sus infames placeres, y enriquecer sus viles lisonjeros.

Todo se vendia en Nínive; los honores, los empleos y la justicia se daban al que mas ofrecia. Algunas rameras disolutas gobernaban el imperio, mandaban, como por juego, la ruina de una provincia, y se vanagloriaban de gastar en un solo banquete la subsistencia de cien familias. Los

sátrapas, aduladores sin vergüenza de los privados del soberano, y tiranos desapiadados del pueblo abandonado á su vil codicia, hacian público tráfico de la justicia, vendian sin rubor el patrimonio del huérfano y la libertad del inocente oprimido. Los soldados y sus gefes hacian vanidad de su amor al lujo y á los deleites: no se avergonzaban los magistrados de sus injusticias. En todas las clases del estado, solamente la rapiña lograba alguna consideracion; y el pueblo, arruinado por los escesivos impuestos, víctima de los grandes, de los jueces y aun de los esclavos del rey, el pueblo, miserable y oprimido, levantaba al cielo sus brazos, pidiéndole el remedio de tantos males.

Casi siempre se une la crueldad con la ignorancia y debilidad. Sardanápalo decretó, desde el centro de sus infames placeres, una persecucion contra los magos. Habia emprendido una guerra sin examen ni acertadas disposiciones, y sus resultas fueron funestas. En vez de atribuir las á su verdadera causa, creyó que sus dioses estaban irritados, y juzgó mas facil vengar su causa con la sangre de los magos que aplacarlos mudando de vida. En consecuencia mandó esterminar hasta el último de mis discípulos: ofreció dos talentos de oro (1) al que me entregase vivo, y antes de tenerme en su poder me condeñó á los suplicios mas inauditos.

Publicado el sangriento decreto, al instante se ven los magos asaltados á sangre y fuego en sus mismas casas. Por todas partes corre su san-

(1) El talento de oro valia cerca de 7.500 pesos.



gre, y el fuego consume sus habitaciones y bienes. Los inhumanos soldados de Sardanápalo, tan cobardes poco antes peleando contra los enemigos, ahora manifiestan sumo ardor en perseguir á sus conciudadanos indefensos. Siguen con el cruento acero á los pocos magos que habian podido huir; despedazan sus esposas é hijas después de haberlas violado, y creen permitidos semejantes horrores, porque los cometen en nombre de los dioses.

Avisado con tiempo, pude huir con mi esposa. Mil veces estuve resuelto á irme á presentar al tirano para que cesase el estrago y destruccion de mis desventurados discípulos; pero me detuve considerando que el cruel Sardanápalo habia proscrito á todos, y que mi muerte no los salvaria; además de estas reflexiones, el nombre de padre me hacia amar la vida: Ojana llevaba en su seno el fruto de nuestro casto amor. Mi esposa me consolaba; su valor y constancia me daba nuevas fuerzas; errantes y fujitivos por los desiertos, sin amigos, sin socorro, y faltándonos á menudo el preciso alimento, pasamos la Persia, la Sogdiana y la Bactria, siempre espuestos á dar en manos de los satélites de nuestro opresor, y siempre mal recibidos ó denunciados por aquellos á quienes pediamos un asilo. Pero en medio de tantos riesgos, y á pesar de los males que nos oprimian, nos era de gran consuelo la idea de que padecíamos sin mas culpa que el deseo de seguir la verdad. En cada nuevo pesar que nos asaltaba, veíamos una recompensa futura: la esperanza nos daba fuerzas, y nuestro mu-

tu amor el consuelo tan necesario en los quebrantos que padecíamos.

Llegamos finalmente á los desiertos de la Arabia. Buscando un asilo; entramos en una profunda cueva, en cuyo centro habia un sepulcro. La pesada losa que le cubria estaba quitada y lo interior de él vacio: al examinarle noté una lámina de oro; la tomo y á la escasa luz que entraba en la cueva leo estas palabras escritas en sagrados caractéres: *Zoroastres, deja aquí el libro de tu ley, escrita por inspiracion de Orómazo. No ha llegado el dia en que debe publicarse, será tu secta por muchos años el horror y ahominacion de las gentes; pero á su tiempo otro legislador, de tu mismo nombre, vendrá á esta cueva, sacará tu libro y le dará á conocer al mundo. Por tu parte, has dado fin á tus trabajos: toma el camino hácia la Fenicia; arrostra los furores del mar embravecido, y ve á buscar al Occidente una patria pacífica, en donde tu nombre no conocido te hará vivir sin contrarios. Así lo quiere Orómazo; obedece y no repliques.*

Dos veces leí estas palabras y no dudé obedecer lo que mandaban. Puse con respeto la lámina donde estaba, deposité mi libro en el sepulcro, le cerré con la pesada losa, y postrado en el suelo me humillé en la presencia de Dios.

Después de haber adorado su nombre, salí de la cueva y dirijí mis pasos hácia la opulenta é industriosa Tiro. Allí, acompañado de mi anada Ojana, me embarqué en una nave para ir á buscar un asilo entre los pueblos hospitalarios de la Grecia ó de la Iberia. Nuestro navío, combatido de una fuerte borrasca en el mar Adriáti-



co, vino á zozobrar en las costas de Frentania. Orómazo, á quien imploré en aquel conflicto, salvó á mi esposa. En mis brazos la conduje hasta un pueblo inmediato de los marsos, cuyos humanos habitantes me concedieron la hospitalidad. Apenas recobrada del susto y todavía debil y abatida de los trabajos del mar, la asaltaron los dolores del parto, y me hizo padre de un niño y de una niña á un tiempo. Determinamos establecernos entre los marsos: algunas piedras preciosas, único resto de mi pasada grandeza, me hicieron dueño de una pobre casa, un pedazo de tierra y un rebaño.

Ibanos á ser felices y á disfrutar de una vida sosegada é inocente, tanto tiempo deseada en vano, adorando nuestro dios y cuidando de nuestros hijos, cuando una noche los crueles pelignios, que entonces estaban en guerra con los marsos, sorprenden nuestro pueblo, le incendian y penetran en mi pajizo albergue, en tanto que yo dormía al lado de Ojana y de mis hijos. ¡Padre y esposo desventurado! Ví á aquellos inhumanos derramar furiosos la sangre de mi esposa é hijos! Mis lágrimas, mis esfuerzos fueron vanos; solo pude salvar á mi hija; la cubrí con mi cuerpo, recibí las heridas que aquellos tigres le destinaban. Huyendo con ella por entre el incendio y la muerte, y señalando mis pasos con mi sangre, llegué á este valle, en el cual mis manos han fabricado esta cabaña, y en ella he criado á mi amada Anais, única y última consolacion de ochenta años de desgracias. Vedla aquí: esta es mi dulce hija por quien solamente he vivido hasta ahora; esta es, y sus facciones,

su voz y sus virtudes, me recuerdan cada instante á su madre Ojana.

Diciendo estas palabras se arroja en los brazos de su hija.

Pero Leonte, que desde ántes que Zoroastres acabase, estaba todo inmutado, Leonte le toma de la mano, le mira con ojos llenos de lágrimas y alegría, y le dice: ¿Podré saber el nombre del lugar en que perdiste á tu esposa é hijo? Sí, le responde el anciano; el lugar se llamó Avia, y estuvo situado en las riberas del Aterno: Y ese hijo que lloras perdido (prosigue Leonte, cada vez mas enternecido), ¿no tenia al cuello una esmeralda grabada? Sí, responde admirado Zoroastres; su madre se la puso luego que nació; en ella estaba escrito el nombre de Orómazo en caracteres persianos....

¡Abrazad, ó padre, á vuestro hijo! Yo lo soy; no hay duda, los dioses me conceden el inestimable bien de conocer á mi buen padre. Esta es la esmeralda grabada: me sacaron de Avia casi espirando, y todavía conservo la cicatriz de la herida que los crueles pelignios me dieron. Desde el primer instante en que os ví, sentí en mi corazon una palpitacion indecible; un gozo interior, y una inclinacion irresistible me avisaban que os debía el ser.

Dice, y el anciano absorto no puede responderle. Reconoce la piedra, lee en ella el nombre de su dios; abraza tiernamente á Leonte, y poco falta para que el gozo inesperado de hallar un hijo que juzgaba muerto le quite la vida.